

LA MISERICORDIA Y EL CLAMOR DE LOS PEQUEÑOS

Prof. Carlos Gil Arbiol

Aula de Teología
15 de Noviembre de 2016

En esta conferencia me han pedido que aborde la relación de dos temas complejos y profundos, como son la misericordia y la oración. Abordar sistemáticamente esta relación es una tarea que desborda las posibilidades de una charla como esta. De modo que he optado por una solución que se ajusta al tiempo y circunstancias: sondear en un evangelio esta relación. De este modo, no sólo hacemos más cercano y amable el tema sino que conectamos con la raíz narrativa de los orígenes de la fe en Jesús, cuando se contaban qué era eso de creer, confiar en Jesús, a través de relatos, como los evangelios.

La oración como marco

Quizá un tanto inconscientemente tendemos a pensar en la oración como, básicamente, dos cosas: por una parte, pedir cosas a Dios (más o menos necesarias) que se escapan a nuestro control y para las que necesitamos una ayuda extraordinaria; por otra parte, recitar oraciones (más o menos espontáneas) con la idea de ponernos a Dios de nuestro lado, ganarlo para nuestra causa, para que esté favorable a lo que necesitemos.

Ambas dimensiones de la oración están presentes, ciertamente, en la Biblia (Judía y Cristiana), además de en la historia del cristianismo: la primera dimensión, la petición, aparece especialmente en los salmos (muchos de ellos recogen la petición de un creyente que busca el favor de Dios); la segunda, la de ganarse a Dios, aparece sobre todo en los sacrificios rituales que se ofrecían a Dios (Holocaustos, ofrendas de purificación, sacrificios de expiación, etc).

Sin embargo, en el evangelio encontramos algunas pistas de otra dimensión más profunda, muy propia de Jesús, que resulta difícil de captar. La idea de la oración está contemplada en los evangelios, pero desde la perspectiva del que sufre, de la víctima, como “un clamor de los pequeños” que son los personajes de los relatos que se acercan a Jesús; este encuentro de Jesús con algunos personajes secundarios, marginales, es una auténtica lección sobre la oración cristiana.

Vamos a fijarnos en tres personajes secundarios, menores, que sólo aparecen una vez, del Evangelio de Marcos y que son presentados como ejemplo de oración.

Contraste entre los discípulos y los personajes secundarios:

Para entender la función y el alcance de estos personajes “menores” del evangelio, es muy útil fijarnos en el contraste que el evangelista Marcos presenta entre los discípulos de Jesús y estos personajes menores.

Los discípulos, en el evangelio de Marcos, no entienden a Jesús desde el principio (1,35-38); no confían en él y Jesús les echa en cara su miedo y falta de fe (4,37-41);

Jesús les critica su torpeza, su falta de interés y de atención porque no están atentos a lo que ocurre a su alrededor, a lo que Jesús está haciendo ante sus ojos (8,15-21); Jesús les habla de su entrega, de su sufrimiento y de su muerte y ellos se niegan a aceptarla e incluso le recriminan a Jesús por ello (8,31-33) y parecen preocuparse solo por ser los primeros (9,32-34); ellos buscan privilegios, cargos de honor, escalar en la jerarquía de poder en vez de servir (10,37-45); Jesús les insulta (“satanás” 8,33) porque son un estorbo a su misión; se enfada con ellos por impedir que los niños se le acerquen (10,13-14); ellos se asombran de la exigencia de Jesús y él se lo echa en cara (10,23-31); Jesús les critica porque impiden a otros que actúen en nombre de Jesús como si ellos tuvieran la exclusiva del uso del nombre de Jesús (9,38-39); al final, ellos le traicionan (14,10-11), le niegan (14,66-71) y le abandonan (14,50).

Solo hay tres escenas positivas, donde los discípulos son reconocidos explícitamente por Jesús: el relato de vocación (Mc 1,16-20), la elección de Doce (Mc 3,12-18) y el envío a la misión (Mc 6,7-13.30-31). El contraste parece claro.

Sin embargo, a pesar de esta torpeza e incapacidad de sus discípulos, Jesús nunca los abandona ni pierde la esperanza de que, en algún momento, le comprendan, confíen en él y se sumen a su misión. Para este aprendizaje de los discípulos, Marcos presenta una serie de personajes secundarios, cinco varones y cinco mujeres, que son puestos como ejemplo para los discípulos y para el lector del evangelio. Entre esos hay alguno que Marcos no destaca, que Jesús no alaba o no reconoce su confianza en él (como el joven rico de Mc 10,17-22, el leproso de Mc 1,40-45, o algunos otros curados, que parece que no hacen nada digno de elogio...). Los que Jesús alaba y Marcos destaca en su relato, explícita o implícitamente, son, por orden de aparición, estos.

La suegra de Pedro (1,29-31) que acepta en silencio la propuesta de Jesús le sirve desde el principio hasta el final (cf. Mt 15,40-41); el poseído de Gerasa (5,1-20) que renuncia a la violencia y le ayuda a Jesús a desenmascarar las causas profundas (injusticia, desigualdad, violencia) de la exclusión y se convierte en el primer testigo de Jesús en tierra de gentiles, antes que los discípulos; Jairo (5,21-24.35-43) que acepta la nueva condición (adulta, autónoma) de su hija; la mujer con flujo de sangre (5,25-34), mujer valiente que rompe las exclusiones; la mujer siro-fenicia (7,24-30) cuya confianza e insistencia cambia a Jesús; el Padre del niño epiléptico (9,14-29), el único que ora de verdad descubriendo su responsabilidad y la necesidad de darle autonomía al hijo; el ciego de Jericó (10,46-52) que asume el protagonismo de su vida y sigue a Jesús a Jerusalén; la viuda pobre (12,41-44) que se juega toda su vida por el “tesoro del templo”; la mujer de Betania (14,3-9) que irrumpe en un espacio de varones, rompe un frasco de perfume que cuesta una vida, comprende y se anticipa a la muerte de Jesús y él la alaba como a nadie en el evangelio; y, por último, el centurión (15,39) que reconoce en la muerte humillante y vergonzosa de Jesús que es hijo de Dios.

Estos personajes menores se ofrecen al lector como contrapeso de la torpeza y dificultad para comprender a Jesús que tienen los discípulos; Marcos los presenta como paradigma del modo de relacionarse con Jesús. Vamos a fijarnos en tres de ellos para extraer algunas conclusiones sobre la relación entre la misericordia y la oración.

Los personajes secundarios y la oración

1) La mujer con flujo de sangre (Mc 5,25-34)

²⁵ Entonces, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, ²⁶ y que había sufrido mucho con muchos médicos y había gastado todos sus bienes sin provecho alguno, antes bien, yendo a peor, ²⁷ habiendo oído lo que se decía de Jesús, se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto. ²⁸ Pues decía: "Si logro tocar aunque sólo sea sus vestidos, me salvaré." ²⁹ Inmediatamente se le secó la fuente de sangre y sintió en su cuerpo que quedaba sana del mal. ³⁰ Al instante Jesús, dándose cuenta de la fuerza que había salido de él, se volvió entre la gente y decía: "¿Quién me ha tocado los vestidos?" ³¹ Sus discípulos le contestaron: "Estás viendo que la gente te oprime y preguntas: "¿Quién me ha tocado?"" ³² Pero él miraba a su alrededor para descubrir a la que lo había hecho. ³³ Entonces, la mujer, viendo lo que le había sucedido, se acercó atemorizada y temblorosa, se postró ante él y le contó toda la verdad. ³⁴ Él le dijo: "Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad."

El primero de los tres relatos que leemos es un relato de curación contenido dentro de otro relato de curación que se convierte en una revivificación de la hija de Jairo (5,21-43); ambas historias tienen en común que son de mujeres impuras (por la sangre y la muerte), que tras 12 años su vida se ha agotado, que ambas terminan siendo capaces de generar nueva vida.

La descripción inicial de la mujer con flujo de sangre (5,25-27) es muy detallada y enfatiza el aspecto dramático de su situación: mujer anónima, ritualmente impura (toda persona, varón o mujer, que presenta flujos continuos era considerada impura: Lv 15,25-30)¹, excluida de la comunidad religiosa debe vivir aislada², se ha empobrecido pagando a médicos, ha empeorado a pesar de todo... Se la presenta abocada a la desesperanza: nada malo ha hecho voluntariamente, nada que sea moralmente reprochable y ha sido excluida; la sanción religiosa del Levítico, que presenta a Dios pidiendo estas exclusiones, hace que sea prácticamente imposible cambiar esa situación; da la impresión de que no hay nada que hacer contra las exclusiones injustas, ni contra los fraudes y engaños...; el mal parece triunfar sobre tantas víctimas como ella. Parece reflejar situaciones que nos resultan muy cercanas.

En estas circunstancias Marcos nos cuenta que la mujer decide "tocar" a Jesús. Y tiene mucha importancia el tema de tocar; la mujer piensa que con sólo tocar la ropa de Jesús sanará. Efectivamente, existía tal creencia: el efecto sanador del contacto con los vestidos de un hombre santo, incluso sin su conocimiento, era una idea extendida en el contexto cultural del Mediterráneo que Marcos recoge en Mc 6,56 y Lucas en Hch

¹ En cuanto *zâbâ* (persona, varón o mujer, que presenta flujos continuos), esta mujer había sido puesta en cuarentena, como era costumbre (11QTemplo 45,7-17; Josefo, *Antigüedades* 3,261; *mNid* 7,4); cf. Joel Marcus, *El Evangelio según Marcos 1,1-8,21: nueva traducción con introducción y comentario* (Salamanca: Sígueme, 2010), 410.

² Estas restricciones a mujeres menstruantes se fundaba en el miedo que surge al pensar que la sangre contiene la vida (Lv 17,1-14; Dt 12,23); cf. Marcus, *El Evangelio según Marcos 1,1-8,21*, 411.

19,12 (donde algunas prendas que Pablo había tocado algunos creían que tenían poder curativo).

Pero también existía, curiosamente, una creencia diferente. Muchos pensaban que el contacto de una menstruante podía destruir el poder milagroso de una persona carismática. Una anécdota contada en *Hekhalot Rabbati* (texto rabínico del siglo III d.C.) cuenta la historia de un rabino que está realizando un viaje celestial, vinculado con el mundo de lo mágico, pero se le obliga a regresar a la tierra porque otro rabino le ha colocado sobre sus rodillas un trozo de tela que había rozado a una mujer menstruante³.

Así que, en realidad, lo que plantea aquí Marcos para los lectores de su tiempo es una especie de suspense o intriga: ¿qué podrá más, la impureza de la mujer para anular a Jesús o el poder de Jesús para sanar a la mujer? ¿Qué es más fuerte, lo impuro o lo puro (en términos éticos simples: la maldad o la bondad)? El desarrollo de la acción resuelve esta cuestión.

La multitud tiene aquí un papel importante. En Mc 2,1-12 la misma multitud se apiñaba a la puerta de la casa de Jesús y resultó un impedimento para que el paralítico llegara a Jesús (y los portadores tuvieron que subirlo y descolgarlo del techo). Aquí la multitud, al contrario, ofrece una oportunidad para que la mujer pueda ponerse en contacto con Jesús y pasar inadvertida (“se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto”, 5,27), pero a coste de impurificar a todos aquellos que entraran en contacto con ella.

La mujer podía haber optado, como en el caso del ciego Bartimeo, por llamar a Jesús para que se le acercara y evitar así contaminar a todo el mundo. Podía haberlo hecho mucho más fácil, pero lo hace del modo difícil. Se trata de una decisión impropia, audaz y arriesgada (similar a la de la mujer siriofenicia de 7,24-30 o a la de la mujer pecadora de Lc 7,36-50). Se arriesgaba a que se descubriera su atrevimiento (salir de su confinamiento) y que las represalias fueran mayores (Lv 15,31: “mantendréis alejados a los israelitas de sus impurezas para que no mueran por contaminar con ellas mi morada, que está en medio de ellos”). Sin embargo, su estrategia da el fruto que ella quería: “Inmediatamente, se secó la fuente de sangre y sintió en su cuerpo quedaba sana del mal” (5,29).

De modo que la mujer, en vez de contaminar a Jesús y dejarle sin poder, es curada: el poder sanador de Jesús ha resultado ser más fuerte que su impureza. Esta valoración parece ser la clave del relato y de la relación del creyente con Jesús: creer, confiar que, a pesar de todas las opiniones o evidencias, el bien que personifica Jesús es lo más fuerte, lo que termina imponiéndose... Su curación ha dejado en evidencia que la atrevida, audaz idea de la mujer era cierta: su impureza no ha contaminado a Jesús dejándole incapaz, sino que le ha curado. Ella creía, confiaba, que su impureza, el mal, no podía triunfar contra Jesús, el bien, y ha acertado. Todos los demás la habían excluido y apartado porque creían que su impureza contaminaba, que el mal es más fuerte que el bien; esta mujer ha demostrado que no.

En el momento crucial del relato el foco de atención cambia de la perspectiva de la mujer a la de Jesús; los versículos 5,25-29 están centrados en la percepción subjetiva

³ Cf. Marcus, *El Evangelio según Marcos 1,1-8,21*, 412.

de la mujer que sufre, Marcos nos pone en su piel; los siguientes versículos, 5,30-34, están centrados en la percepción subjetiva de Jesús, Marcos nos pone en la piel de Jesús. El evangelista parece muy interesado en que experimentemos las dos visiones de la realidad, que miremos lo que ocurre primero desde la víctima, que entendamos su sufrimiento y sus opciones; después desde Jesús, que entendamos lo que va a hacer Jesús. Él mira alrededor buscando a la mujer; esto desencadena dos reacciones: la de los discípulos y la de la mujer.

Los discípulos intervienen con impertinencia: “Estás viendo que la gente te oprime y preguntas ‘¿quién me ha tocado?’” (5,31); Marcos los presenta incapaces de entender lo que ocurre, ridiculizando a Jesús; pero él no les hace caso.

La mujer se adelanta y se arroja a los pies de Jesús contándole “toda la verdad” (5,33); no se aclara cuál es el contenido de esta declaración, pero parece sugerirse que le cuenta toda su historia de sufrimiento, especialmente lo referido a su decisión de acercarse a escondidas a Jesús rompiendo su exclusión, contaminando a todos los presentes y arriesgándose a contaminar a Jesús y anular su poder para curar.

Cuando ella confiesa lo que ha hecho, su transgresión, el riesgo que ha corrido y su confianza en que nada podía contra Jesús (que el bien siempre es más fuerte que el mal), entonces, Jesús hace dos cosas. Primero, la llama “hija”, que contrasta con su anterior condición de mujer impura y excluida. Con ello, Jesús aprueba lo que ha hecho, su valentía para romper las exclusiones, su total confianza en que la fuerza de Jesús es más fuerte que cualquier injusticia. De este modo la convierte en testigo, ejemplo de confianza en Jesús: ahora está en medio como ejemplo para todos los presentes.

Y, segundo, le dice: “Tu fe te ha salvado” (5,34; se repite en el caso del ciego Bartimeo, Mc 10,52). Es muy interesante que se subraye que es la fe en Jesús lo que salva a la mujer y no al revés, que la curación le da la fe, que es lo que tendemos a pensar⁴. Es la confianza en que Jesús no acepta exclusiones ni rendiciones, en que Jesús no aprueba marginaciones ni clasificaciones de personas, en que el mal, la injusticia o la exclusión nunca podrán imponerse sobre la justicia y el bien; esa confianza fundamental en un mundo mejor es lo que salva, lo que hace un mundo que se parece a Dios, no al revés⁵. Esta afirmación rotunda de Jesús cambia toda la perspectiva: resulta que la mujer ha quedado sana, no porque la fuerza sanadora de Jesús sea mayor que la impureza de la mujer, sino porque esta mujer ha confiado en Jesús, en su capacidad de sanar. La fuerza de sanar de Jesús reside, pues, no en sí mismo, sino en quien confía en él. Podríamos decir que Jesús *solo* la ha “curado”, pero ha sido la fe de la mujer, su

⁴ Hay una diferencia entre Marcos (y los sinópticos) y el resto de relatos de curación helenísticos (incluido el Evangelio de Juan): en este relato la fe, la confianza, conduce al milagro mientras que en el resto es al revés, el milagro conduce a la fe, a la confianza (Jn 1,50; 21,11...); cf. Marcus, *El Evangelio según Marcos 1,1-8,21*, 415.

⁵ No existe un paralelo judío claro de que la fe salva (apenas hay sugerencias en la literatura apocalíptica de que si una persona confía y actúa en consecuencia, serán rescatadas al final por Dios). Esta idea de que la fe salva parece una originalidad de los primeros seguidores de Jesús, especialmente de la tradición paulina (Rom 1,16; 10,9-10; 1Cor 1,29...) y Lucas (Lc 8,12; Hch 14,9; 15,11...); cf. Marcus, *El Evangelio según Marcos 1,1-8,21*, 415.

confianza en Jesús, lo que la ha hecho “hija”, lo que la ha “salvado”. El poder de Jesús reside en la fe, en la confianza en él. Las personas que creen, que confían en Jesús, son capaces de hacer cosas increíbles: cambiar la injusticia en justicia, cambiar la exclusión en fraternidad, ... Es la fuerza de los que creen en Jesús.

¿Qué nos dice esta anónima mujer sobre la oración? Podemos leer este relato de curación como un ejemplo de oración. Orar es ponerse en la piel del que sufre, de la víctima de la exclusión (especialmente de la persona excluida por motivos religiosos y culturales); cultivar la confianza de que ni el sufrimiento ni la exclusión los quiere Jesús; desarrollar la valentía para enfrentarse a todas las exclusiones (aquí la de ser mujer, enferma, desgraciada) y negarse a aceptar la exclusión y la injusticia como endémicos; educar esta confianza capaz de hacer milagros, el milagro de construir el mundo que Dios quiere.

Excursio: Las posesiones

Para los dos próximos relatos nos será útil tener en cuenta algunas indicaciones sobre el sentido cultural de las posesiones y los exorcismos. La antropología cultural explica que las posesiones⁶, en la cultura de Jesús, eran diferentes si ocurrían a varones adultos o a mujeres y niños.

En el primer caso, entre varones adultos, ocurrían generalmente cuando un pueblo colonizaba por la fuerza a otro, imponiendo su cultura y sus normas de vida. El varón que no soportaba tal presión podía estallar con una serie de comportamientos extraños (como vivir entre tumbas, responder con violencia, vivir al margen de la familia o de modo excéntrico...) que se diagnosticaban como posesión: un espíritu impuro le había poseído y necesitaba un exorcismo. Hoy haríamos un diagnóstico diferente y propondríamos otra solución: diríamos que ese grupo humano debe sacar a la luz sus conflictos, debe abordarlos públicamente, descubrir la injusticia, elaborar procesos de paz y reconciliación, etc.

En el segundo caso, las posesiones entre mujeres y niños, ocurrían generalmente cuando dentro de una familia la presión patriarcal del cabeza de familia era muy grande, cuando el paterfamilias imponía su autoridad sin posibilidad para que la mujer, hijos o esclavos, pudieran ejercer una mínima autonomía. El niño o la mujer que no soportaba esa presión podía estallar con una serie de comportamientos extraños (como desobediencia, rebeldía, huida de casa, depresión o intentos de suicidio, etc.) que se diagnosticaban como posesión y requerían un exorcismo: un espíritu impuro le había poseído. Hoy haríamos un diagnóstico diferente y propondríamos otra solución: diríamos que esa familia necesita terapia familiar, que todos deben aprender a abordar sus tensiones y a relacionarse, empezando por el cabeza de familia, etc.

2) La mujer siriofenicia (Mc 7,24-30)

²⁴ Y partiendo de allí, se fue a la región de Tiro, y entrando en una casa quería que nadie lo supiese, pero no logró pasar inadvertido, ²⁵ sino que, en seguida, habiendo oído hablar de él una mujer, cuya hija estaba poseída de un espíritu

⁶ Cf. Esther Miquel Pericás, *Jesús y los espíritus* (Salamanca: Sígueme, 2009), 29-81; Ioan M. Lewis, *Ecstatic religion : a study of shamanism and spirit possession* (London: Routledge, 1989).

inmundo, vino y se postró a sus pies. ²⁶ *Esta mujer era griega, sirofenicia de nacimiento, y le rogaba que expulsara de su hija al demonio.* ²⁷ *Él le decía: "Espera que primero se sacien los hijos, pues no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros."* ²⁸ *Pero ella le respondió: "Sí, Señor; que también los perros comen bajo la mesa migajas de los niños."* ²⁹ *Él, entonces, le dijo: "Por lo que has dicho, vete; el demonio ha salido de tu hija."* ³⁰ *Volvió a su casa y encontró que la niña estaba echada en la cama y que el demonio se había ido.*

Marcos nos narra este pasaje para transmitir la idea de que el poder de Dios no tiene fronteras, que hay que superar el exclusivismo o sectarismo. Otros autores del NT también nos transmiten esta idea del Dios sin fronteras⁷; pero esta es una historia complicada que plantea más problemas que soluciones; resulta un modo extraño de afirmar que la buena noticia de Jesús se abre a todos.

Esta historia tiene muchas relaciones con la de la hemorroisa que hemos visto antes (5,25-34): se trata de mujeres valientes, ritualmente impuras, que han oído hablar de Jesús, ambas reciben de Jesús lo que buscaban aunque era a primera vista muy difícil, y ambas están relacionadas con una muchacha joven (hija propia o la de Jairo).

La historia comienza cuando Jesús entra en una casa pagana, lo que suponía una impureza para un judío (7,24); pero parece no importarle. Jesús es presentado como quien no tiene problema para entrar en casa de un impuro y extranjero. Allí acude una mujer que "oye hablar de Jesús" y se arrodilla ante él, como signo de abajamiento y de reconocimiento de Jesús. Si ha "oído" que Jesús, siendo judío, tiene esa libertad para entrar en casa de un gentil, habrá pensado que se mostraría dispuesto a atenderla, aun a pesar de ser mujer pagana.

La petición es por su hija, no por ella; pero toda la familia está implicada en la "posesión" de su hija. Según, la antropología cultural, lo que pensaba todo el mundo en esas ocasiones es que esa familia tenía serios problemas internos.

Sin embargo, la respuesta de Jesús 7,27 es sorprendente e insultante; llamar a alguien "perro", por mucho que se diga en diminutivo, es hiriente y ofensivo; aunque se traduzca por "perrito" no deja de ser insultante y humillante⁸. Refleja una postura radical de etnocentrismo, como pensaban muchos judíos del tiempo de Jesús (y también muchos ciudadanos de la Europa que cierra sus fronteras hoy). Pero, ¿cómo se casa el hecho de que Jesús haya entrado voluntariamente en casa de un pagano impurificándose y responda así a una mujer que, humildemente, le pide ayuda? ¿No había tocado Jesús a personas impuras, gentiles o muertas en otras ocasiones? ¿No había dicho Jesús que no necesitan médico los sanos sino los enfermos...? Quizá el motivo de presentar así a Jesús es para ensalzar todavía más a la mujer.

⁷ Ideas semejantes a Pablo: Rom 1,16 y Rom 11 subraya que Jesús vino primero para los judíos, pero también para los gentiles. En 1Re 17,8-16 Elías realizó un milagro a una mujer gentil en Tiro.

⁸ El uso del diminutivo *κυνάρια* "perros" es indistinguible de la forma plural normal (*κύνες*, plural de *κύων*); Marcos tiene preferencia por los diminutivos y hace juego con la palabra hija en diminutivo que Marcos usa en 7,25 (*θυγάτριον* en vez de *θυγάτηρ*). Para decir "perritos" se hubiera utilizado el término *κυνίδιον*. Llamarle a una persona "perro" era un insulto; vivían fuera de las ciudades y se alimentaban de carroña; quizá a los que se refiere sean domésticos, pero el desprecio sigue siendo evidente; cf. Marcus, *El Evangelio según Marcos 1,1-8,21*, 542-543.

La respuesta de la mujer a Jesús en 7,28 (“contestó y dijo”) es el modo, la fórmula, de introducir las palabras de Jesús en Marcos (3,33; 6,37; 9,19; 10,3...). El motivo de mujeres sabias que cambian la mente de un sabio está presente en la literatura judía⁹. La mujer se presenta, entonces, a sí misma y a su hija como perros (7,28); acepta la respuesta insultante de Jesús y se la devuelve en un gesto de autoestigmatización, que acepta esa etiqueta negativa y la devuelve como si fuera positiva: se abaja y humilla todavía más que al inicio (que se arrodilla: 7,25), pero lo hace de un modo valiente y atrevido, desafiando a Jesús. Jesús le había llamado “perra” a su hija (y a ella por extensión) y ella lo acepta; pero, además, lo intensifica, le cambia el significado, le da un nuevo sentido positivo haciéndole ver a Jesús que hasta los perros pueden comer con los niños en armonía sin que falte nada a aquellos. Con esta respuesta, la mujer anticipa lo que va a ocurrir en la comida de multitud que ocurre inmediatamente: ha creído que con siete panes sí se puede dar de comer a una multitud (al contrario que los discípulos, que no lo creen: 8,4.19-20).

Jesús, en un giro inesperado (7,29), cambia radicalmente su postura inicial “por lo que ha dicho” la mujer: acepta expulsar al “demonio” de su hija a distancia. La respuesta de la mujer es un anticipo de lo que va a hacer Jesús en la cruz, un ejemplo de atrevimiento y de abajamiento ante el otro: esta actitud que ensalza al otro, aunque su razón sea débil o su posición de poder, en realidad, resulta mucho más poderosa. La muerte de Jesús parecía la victoria del poder que se impone; la actitud de Jesús resulta a la larga de victoria.

La mujer sirofenicia parece que le ha ayudado a Jesús a descubrir una clave importante del reino de Dios: la imposición o la fuerza, el desprecio o la prepotencia solo tienen fuerza histórica a muy corto plazo; a la larga, lo que triunfa es el amor al otro, su reconocimiento y su valor. Jesús, a partir de este momento en el Evangelio de Marcos, comenzará los tres anuncios de su pasión y muerte (8,31; 9,30; 10,32) y el camino a Jerusalén donde lo matarán. Esa mujer le ha ayudado a Jesús a discernir su camino.

Se ha producido un cambio mutuo: Jesús ha logrado abrir los ojos de la mujer a una realidad más allá de sí misma (a descubrir que la estrategia de entrega personal es la más poderosa); y ella ha mostrado a Jesús las posibilidades de lo inesperado, de la entrega y la autoestigmatización.

Parece una metáfora de cómo entiende el Evangelio de Marcos la oración: un encuentro en el que ambos salen cambiados. El reino de Dios requiere de personas que se impliquen; Dios no hace las cosas por sí mismo; las personas toman parte libremente, a veces cambiando el proyecto de Dios a sus posibilidades, a su modo de ver (así es el mundo: no el de Dios, obviamente, sino el que hacemos las personas; así es la Iglesia, la que hacemos los creyentes). La oración se muestra en este texto como un aprendizaje de la mirada: aprender a ver más allá de lo evidente y aparente; siempre hay posibilidades inéditas que ofrecen esperanza, justicia y paz; la oración es el aprendizaje hacia eso.

⁹ 2Sam14 cuenta la historia de una mujer sabia de Tecoa que logra cambiar al rey David para que retire la orden de destierro sobre Absalón; en el Talmud (*bErub* 53b) una mujer sencilla convence a un rabino y este afirma: “no ha habido nunca nadie que haya logrado lo mejor de mí, a no ser una mujer, un muchacho o una muchacha”; cf. Marcus, *El Evangelio según Marcos* 1,1-8,21, 544.

3) El padre del niño epiléptico (Mc 9,14-29)

¹⁴ Al llegar junto a los discípulos, vio a mucha gente que les rodeaba y a unos escribas que discutían con ellos. ¹⁵ Toda la gente, al verle, quedó sorprendida y corrieron a saludarle. ¹⁶ Él les preguntó: "¿De qué discutís con ellos?" ¹⁷ Uno de entre la gente le respondió: "Maestro, te he traído a mi hijo que tiene un espíritu mudo ¹⁸ y, dondequiera que se apodera de él, le derriba, le hace echar espumarajos, rechinar de dientes y le deja rígido. He dicho a tus discípulos que lo expulsaran, pero no han podido." ¹⁹ Él les responde: "¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? ¡Traédmelo!" ²⁰ Y se lo trajeron. Apenas el espíritu vio a Jesús, agitó violentamente al muchacho y, cayendo en tierra, se revolcaba echando espumarajos. ²¹ Entonces él preguntó a su padre: "¿Cuánto tiempo hace que le viene sucediendo esto?" Le dijo: "Desde niño. ²² Y muchas veces le ha arrojado al fuego y al agua para acabar con él; pero, si algo puedes, ayúdanos, compadécete de nosotros." ²³ Jesús le dijo: "¡Qué es eso de si puedes! ¡Todo es posible para quien cree!" ²⁴ Al instante gritó el padre del muchacho: "¡Creo, ayuda a mi poca fe!" ²⁵ Viendo Jesús que se agolpaba la gente, increpó al espíritu inmundo, diciéndole: "Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando: sal de él y no entres más en él." ²⁶ Y el espíritu salió dando gritos y agitándole con violencia. El muchacho quedó como muerto, hasta el punto de que muchos decían que había muerto. ²⁷ Pero Jesús, tomándole de la mano, le levantó y él se puso en pie. ²⁸ Cuando Jesús entró en casa, le preguntaban en privado sus discípulos: "¿Por qué nosotros no pudimos expulsarle?" ²⁹ Les dijo: "Esta clase con nada puede ser arrojada sino con la oración."

En este texto, otro personaje secundario, el padre de un niño enfermo, se acerca a Jesús; como en el caso de la mujer sirofenicia, debemos recordar lo que un contemporáneo de Jesús pensaba cuando a un niño se le diagnosticaba posesión: su comportamiento excéntrico revelaba un conflicto familiar. Hoy el comportamiento del niño nos recuerda a un ataque epiléptico, pero entonces no tenían conocimiento de medicina para ese diagnóstico; lo que veían era unos comportamientos anormales e inexplicables ("le derriba, le hace echar espumarajos, rechinar de dientes y le deja rígido", "muchas veces le ha arrojado al fuego y al agua para acabar con él").

La presentación del padre (9,17-18) tiene una nota de protagonismo y de autosuficiencia; toma la palabra cuando no se la dan, habla en nombre de la multitud reunida y en un tono despectivo echando en cara a los discípulos que no han podido curar a su hijo. Esta presentación contrasta con la del final (9,24). De hecho, el padre de este niño va a moverse entre la confianza y la desconfianza, entre la fe y la incredulidad; esta ambigüedad es parte del relato.

Jesús aparece en escena bajando del monte de la transfiguración, una bajada que alude a la que Moisés protagoniza en el Éxodo, cuando baja del Sinaí y se encuentra con el pueblo que se había construido un becerro de oro (Ex32)¹⁰. Moisés reacciona

¹⁰ La admiración o extrañeza de la multitud que ve a Jesús al volver del monte (de la transfiguración) probablemente refleja esta alusión al Sinaí y al miedo de ver el rostro de Dios, que le llevó a Moisés a velar su rostro para impedir que el pueblo muriera (Ex 34; Pablo hace un comentario a este tema en

muy duramente contra el pueblo de Israel; en este texto Jesús también va a reaccionar muy duramente contra sus discípulos. Porque, de nuevo, en esta escena van a fallar, no están a la altura de las expectativas puestas en ellos. Jesús les había elegido para que “estén con él, para predicar con poder de expulsar demonios” (3,14-15), pero no han sido capaces. La reacción de Jesús con ellos es muy dura: “¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo habré de soportaros? ¡traédmelo!” (9,19). Resulta una reacción desproporcionada, similar a la que tiene con la mujer siriofenicia. Pero Jesús no los excluye de lo que va a ocurrir; como en el caso de las comidas de multitud, Jesús hace que los discípulos tomen parte activa en lo que va a ocurrir pidiéndoles a los discípulos que le traigan al niño que no han sido capaces de curar.

La curación está precedida de un diálogo entre Jesús y el Padre. El niño parece, más bien, una “excusa”, una ocasión para que el milagro ocurra al padre (como la mujer sirofenicia). La pregunta por “¿cuánto tiempo hace que le viene sucediendo esto?” (9,21) parece una pregunta superflua cuando el niño está retorciéndose en el suelo, como si Jesús no tuviera corazón. Pero el objetivo, como se descubre a continuación, es implicar al Padre, el verdadero enfermo y necesitado de curación. Esa pregunta obliga al padre a hacer memoria, a contarle a Jesús la historia de dolor del hijo, que es la del padre, una historia marcada por la duda: “pero si algo puedes, ayúdanos, compadécete de nosotros” (9,22). Con ello Jesús ha logrado que el padre se implique y pida ayuda no solo para el hijo, sino para los dos (“si algo puedes, ayúdanos”, “compadécete de nosotros”); Jesús ha logrado que el Padre reconozca que esa historia de dolor es la suya, que él, al menos, es parte de esa historia (quizá porque tiene alguna responsabilidad).

El diálogo de Jesús con el Padre todavía se demora más, resultando más insensible en apariencia; Jesús le replica con una extraña frase: “¡qué es eso de si puedes! ¡Todo es posible para quien cree!” (9,23). Lo esperado era pensar que Jesús iba a compadecerse inmediatamente, que su corazón se sentiría invadido por el dolor del padre y por su petición angustiada; sin embargo, Jesús no entra en ese juego. Su modo de estar con el que sufre, con la víctima es no sólo acompañar en silencio y acogida (como en el caso de la suegra de Pedro de 1,29-31, o la viuda pobre de 12,40-42) sino también ayudando a abrir los ojos más allá de lo evidente, enseñándole un nuevo modo de ver el mundo.

Eso es lo que hace Jesús aquí; la respuesta aparentemente impertinente e insensible de Jesús al padre logra que este responda de un modo que no había hecho en todo el relato: “¡Creo, ayuda a mi poca fe!” (9,24). En este momento el padre ha pasado a hablar en primera persona del singular; ha reconocido que es él el que necesita la ayuda de Jesús, que no es un hombre tan seguro y prepotente como parecía al inicio (9,17), sino mucho más inseguro, más necesitado de ayuda. Ha dejado de actuar como quien tiene autoridad, como quien manda, y ha adoptado una actitud de sumisión, de subordinación, de necesidad: se ha abajado. (Esto es lo que algunos llaman hoy un ejemplo de la “reconstrucción de las masculinidades”). Ha sabido entrar en el juego de

2Cor 3,12-18); cf. Joel Marcus, *El Evangelio según Marcos 8,22-16,8: nueva traducción con introducción y comentario* (Salamanca: Sígueme, 2011), 746.

Jesús, enfrentando sus propios problemas y asumiéndolos: ha admitido su responsabilidad en esta historia. El padre refleja ahora, mejor que antes, la realidad ambigua y compleja que somos todos: confiados y desconfiados, creyentes e increyentes, seguros e inseguros, poderosos y débiles, autoritarios y serviles... Ha reconocido la verdad.

En otras palabras: la desconfianza, la increencia, la inseguridad, la debilidad, el servilismo... no alejan de Dios, al contrario; su negación, como hacía al principio el padre, le alejaba de la verdad y provocaba víctimas en los que tenía alrededor; la aceptación de todo eso negativo que somos, el reconocimiento y la plegaria, la petición de ayuda para acogerlo es lo que sana. La oración es el camino para sanarlo.

La curación del niño parece un fracaso porque “quedó como muerto” (9,26). Pero Jesús lo toma de la mano, lo levanta y él se pone en pie. El niño ha asumido su vida a pesar de las apariencias de muerte (“de pie”); el padre ha aceptado su libertad y autonomía. La curación del padre se ha completado.

El final resulta enigmático: en casa los discípulos preguntan a Jesús por qué no había podido echar el demonio. La respuesta de Jesús no aclara la pregunta inmediatamente: “esta clase con nada puede ser arrojada sino con la oración”. En esta escena, el único personaje que ora es el padre del niño que confiesa su debilidad, su desconfianza, su incredulidad como una plegaria. En la clave en la que estamos leyendo estos textos resulta muy elocuente: para Jesús la oración es un aprendizaje, un camino para reconocer la verdad de cada uno, para educarse en la valentía necesaria para asumirla, para aprender el camino de la humildad y de la misericordia. Dios, como Jesús en el relato, no se deja llevar por nuestras manipulaciones emotivas; la oración enseña el camino que libera.

Conclusión

La misericordia y la oración aparecen en estos textos como un camino, un proceso de encuentro. Los tres personajes menores se han acercado a Jesús superando dificultades propias y ajenas, haciendo frente con valentía a los prejuicios, las barreras, las exclusiones (especialmente las de la institución y la creencia religiosa); los tres han demostrado coraje y confianza en Jesús más allá de lo obvio, de lo esperado, de las conveniencias; los tres eran víctimas de tradiciones construidas por los hombres en nombre de Dios; en los tres casos la confianza en Jesús les ha enfrentado con esa realidad y les ha dado fuerza para cambiarla; los tres han comprendido que la misericordia de Dios es para todos y que para hacerla realidad, hay que superar y romper barreras que ponemos las personas. Los tres son ejemplo de lo que la oración es capaz de hacer para que la misericordia de Dios llegue a todos.

Referencias

Ioan M. Lewis, *Ecstatic religion : a study of shamanism and spirit possession* (London: Routledge, 1989)

Joel Marcus, *El Evangelio según Marcos 1,1-8,21: nueva traducción con introducción y comentario* (Salamanca: Sígueme, 2010)



Joel Marcus, *El Evangelio según Marcos 8,22-16,8: nueva traducción con introducción y comentario* (Salamanca: Sígueme, 2011)

Esther Miquel Pericás, *Jesús y los espíritus* (Salamanca: Sígueme, 2009)